

BÚSQUEDA

Es una sección que la revista ofrece de manera ocasional para profundizar sobre temas trascendentes de cualquier materia, por medio del diálogo entre dos analistas. Esta reflexión se podrá leer en un mismo número o en publicaciones sucesivas.

Resulta de suma importancia para el progreso de Cuba y de América Latina la integración de todas las naciones de la región. El tema, para nuestro país, constituye un desafío que debemos discernir y llevar a vías de hecho. Disertan sobre el tema dos reconocidos académicos cubanos, Rafael Rojas, historiador radicado en México, y Carlos Alzugaray, politólogo residente en la Isla.

América Latina en el siglo XXI: un entorno para la democracia cubana

Por RAFAEL ROJAS

Las dos últimas décadas han producido una situación inédita en la historia moderna de Cuba: por primera vez las principales alianzas internacionales de la Isla provienen de la región latinoamericana. Luego de los siglos coloniales, en los que Cuba estuvo inmersa en el mercado esclavista del azúcar y adherida al imperio español, la Isla no se insertó plenamente en la región postcolonial a la que pertenecía por su ubicación geográfica y su composición social, sino que desarrolló una nueva dependencia económica y política de Estados Unidos. La Revolución Cubana y el tránsito socialista quebraron esa dependencia, pero abrieron una nueva zona para la inscripción geopolítica y comercial del país caribeño: la de la Unión Soviética y el CAME.

Desde que se formó la nacionalidad, entre los siglos XVIII y XIX, la sociedad cubana y su cultura han sido latinoamericanas. Sin embargo, hasta ahora, las relaciones de Cuba con Latinoamérica no habían logrado un trato tan plenamente soberano, tan libre de mediaciones hegemónicas. Este cambio, producto de la convergencia de múltiples variables –desaparición del campo socialista, acceso lento al mercado y el pluralismo en la Isla, consolidación de una nueva izquierda democrática en la región, ajustes en la estrategia regional de Estados Unidos– ha creado un escenario sumamente favorable a la definitiva integración de Cuba al concierto de las naciones latinoamericanas y caribeñas.

El papel de Cuba en la fundación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) y su actual presidencia pro t mpore de ese organismo son pasos fundamentales en la profundización de los vínculos regionales de la Isla. La CELAC es, sin em-

bargo, un organismo en formación, que deberá probar su utilidad y eficacia en los próximos años. Tal y como está planteado, ese foro regional ofrecerá mayores incentivos que otros más ideológicos, como el ALBA, o más mediados por España o Estados Unidos, como las Cumbres Iberoamericanas o la OEA, para que el liderazgo cubano avance en las reformas económicas y políticas que demanda la sociedad civil de la Isla y la diáspora.

La heterogeneidad constitutiva de la CELAC plantea retos a la capacidad de intervención real de un organismo como ese en las decisiones económicas y políticas de la región. Si no ha sido fácil para los gobiernos latinoamericanos sobrellevar, en la última década, las diferencias entre dos plataformas de integración como UNASUR y el ALBA, que buscan una comunidad de intereses no exclusivamente comerciales o económicos, más difícil será garantizar el marco de pluralidad ideológica y política que se requiere para lograr la pertenencia de estados con diversas maneras de entender la región y sus relaciones con Estados Unidos y Europa a una misma asociación continental.

Son muchos los factores que amenazan la consecución de los objetivos fundacionales de la CELAC: presión de gobiernos o capitales del Atlántico o el Pacífico en contra de esa alianza continental, dependencia estructural de las economías regionales de las fuentes globales de crédito e inversión, diferencias geopolíticas y comerciales entre los estados miembros... En las páginas que siguen quisiera concentrarme en un aspecto particular de las dificultades para el avance en la integración regional de Cuba, que es el relacionado con el

rol de la ideología del Estado socialista. Dos componentes fundamentales de esa ideología, el marxismo-leninismo y el nacionalismo revolucionario, desincentivan el proceso de integración.

Cuba es el único país de América Latina que establece una ideología de Estado en su Constitución, su política social y su Código Penal. Esa peculiaridad, que podría ser defendida desde una concepción pluralista de la comunidad regional, tiene consecuencias para el diseño y la aplicación de la política exterior. Me interesa localizar los momentos en que la ideología del Estado cubano restringe las posibilidades de construir una estrategia diplomática neorrealista y, a la vez, transnacional, siguiendo las coordenadas del debate teórico contemporáneo sobre las relaciones internacionales, tal y como ha sido resumido por Mónica Salomón y otros autores iberoamericanos.

¿Una CELAC contra el mercado?

A pesar de sus múltiples acotaciones prácticas, en la segunda década del siglo XXI la ideología del Estado cubano sigue siendo, constitucional y programáticamente, marxista-leninista. Esta orientación doctrinaria produce efectos nocivos en la política de integración, toda vez que tiende a crear discursos paralelos, que compensan simbólicamente el avance de la economía de mercado en la Isla y el intercambio de ventajas comparativas con gobiernos y capitales de la región, sobre el que descansa el proyecto de integración. Esas retóricas intransigentes son alentadas por el propio aparato ideológico del Partido Comunista de Cuba, generando una política exterior en varios niveles que envía mensajes contradictorios a sus interlocutores regionales.

Históricamente, el gobierno cubano se ha imaginado a la vanguardia del desarrollo social y político de América Latina. Esa imagen de sí, nutrida por la certidumbre doctrinal del marxismo-leninismo, ha permeado la política exterior hacia sus vecinos en más de medio siglo. Al apoyo a las guerrillas e izquierdas radicales de los años 60, 70 y 80 sobrevino, en las dos últimas décadas, una estrategia regional más pragmática, pero tampoco carente de promoción de rígidas alianzas ideológicas, como las relacionadas con la Revolución Bolivariana en Venezuela y el “socialismo del siglo XXI” en Los Andes. Ese legado del contexto originario de la Guerra Fría ha favorecido la subordinación de los resortes comerciales y financieros que demanda el desarrollo de Cuba a los objetivos ideológicos y políticos de la promoción del modelo socialista, no solo en la Isla sino también en América Latina.

La incorporación de Cuba a la CELAC, negociada en diversos foros regionales –el Grupo de Río, México, Centroamérica, Mercosur, UNASUR, el ALBA, el Caribe-, a partir del traspaso formal de poderes entre Fidel y Raúl Castro en 2008 y verificada en la Cumbre de Playa del Carmen, en febrero de 2010, fue asumida por las cancillerías del área como una señal más de que

el gobierno cubano parecía dispuesto a avanzar hacia una nueva política exterior latinoamericana, en la que los objetivos históricos anticapitalistas y anticoloniales –por ser capitalista, América Latina, según el gobierno cubano, tampoco era independiente-, rebajaban su perfil o se intentaban alcanzar sin obstruir el entendimiento diplomático con todos los gobiernos de la región.

En aquella primera cumbre de la CELAC, con un gobierno de derecha como anfitrión –el del PAN y Felipe Calderón en México- Raúl Castro sostuvo que el nuevo foro que surgía era un conjunto, políticamente plural, de países soberanos. Tres años después, en enero de 2013, en la cumbre de Santiago de Chile, en la que recibió la presidencia pro t mpore del organismo de manos de otro gobernante de derecha, el chileno Sebastián Piñera, el presidente cubano reiteró la misma visión de una América Latina que, a pesar de su heterogeneidad política, constituye una zona independiente del mundo. En los últimos tres años, sin embargo, esa nueva manera de entender la región no siempre ha predominado en la política latinoamericana del gobierno cubano.

Como observa Jorge I. Domínguez en su libro *La política exterior de Cuba* (2009), hasta fines de la pasada década la diplomacia cubana no se había apartado sustancialmente del formato que le heredó Fidel Castro y que hacía de Venezuela el principal vínculo comercial y diplomático de la Isla. En los tres últimos años, esa subordinación de la política latinoamericana de Cuba al polo bolivariano se ha mantenido y hasta se ha multiplicado, como evidencia el alza del intercambio con Caracas a un 43 por ciento de la trama comercial de Cuba, cuestionado por el economista Carmelo Mesa-Lago en su última investigación.

La apuesta total de los principales medios de comunicación del Partido Comunista de Cuba a favor de uno de los candidatos en las pasadas elecciones presidenciales de Venezuela, el respaldo a ese gobierno en su diferendo diplomático con Colombia, el apoyo a Bolivia en su conflicto por una salida al mar con Chile o los varios artículos, en esos mismos medios, adversos a la pasada cumbre de la Alianza del Pacífico en Cali, que reunió a los presidentes de México, Chile, Perú y Colombia, son algunos indicios de una política exterior atada a viejos principios confrontacionales o a objetivos de corto plazo, dogmáticamente adscritos a la agenda geopolítica del ALBA.

La CELAC ofrece a Cuba un foro de integración que le permitiría balancear su dependencia económica y política de las prioridades del ALBA. El marxismo-leninismo como elemento constitutivo de la ideología del Estado cubano, sin embargo, atenta contra el aprovechamiento pleno de las posibilidades que ofrece esa nueva plataforma. Aspirar a una CELAC antimercado es un despropósito o, en el menor de los casos, una boutade mediática, carente de receptividad en la mayoría

BÚSQUEDA

Desde que se formó la nacionalidad, entre los siglos XVIII y XIX, la sociedad cubana y su cultura han sido latinoamericanas. Sin embargo, hasta ahora, las relaciones de Cuba con Latinoamérica no habían logrado un trato tan plenamente soberano, tan libre de mediaciones hegemónicas.

de los miembros de dicha comunidad. Ni siquiera los gobiernos bolivarianos posteriores a Chávez, aunque suscriban el proyecto del “socialismo del siglo XXI”, entienden esa alianza continental como territorio de expansión o multiplicación de su corriente ideológica.

El protocolo que ha seguido el ALBA en las cumbres de la CELAC en Playa del Carmen, Caracas y Santiago de Chile, entre 2010 y 2013, parece apuntar a un entendimiento del foro continental como espacio de negociación de desacuerdos y acomodo de prioridades, antes que como un campo de batalla entre izquierdas y derechas, gobiernos bolivarianos y antibolivarianos o partidarios o no del marco interamericano. La polarización que se vive en Venezuela, Nicaragua, Bolivia y, en menor medida, Ecuador, es un escenario sumamente complejo de por sí y esos gobiernos prefieren jugar un rol conciliador en la CELAC, de respeto y tolerancia a la pluralidad regional, que refuerce la legitimidad internacional de los miembros y preserve la identidad estrictamente latinoamericana del foro.

¿Una CELAC contra Estados Unidos y Europa?

Junto al marxismo-leninismo, el otro elemento constitutivo de la ideología de Estado en Cuba es el nacionalismo revolucionario. Ese discurso de legitimación ha cumplido un rol fundamental en la transmisión de valores igualitarios y soberanistas en la ciudadanía cubana, pero también ha contribuido a una simplificación de la historia nacional por medio de imágenes maniqueas y unilaterales del pasado. En la política exterior hacia América Latina, específicamente, el nacionalismo revo-

lucionario favorece visiones prejuiciadas sobre corrientes políticas vigentes en la región, como el liberalismo, el conservadurismo o la socialdemocracia, y un estilo adversarial de entender y dirigir las relaciones con Estados Unidos y con aquellos gobiernos latinoamericanos que mantienen buenos vínculos con Washington.

El nacionalismo revolucionario encuentra justificaciones concretas en la trayectoria de un país postcolonial del Caribe, como Cuba, y en el historial de hostilidades de Estados Unidos contra el gobierno cubano, que, bajo la forma del embargo comercial o la penalización de La Habana como promotora del terrorismo, persiste hasta hoy. Pero en su intersección con el marxismo-leninismo, ese discurso fortalece una idea excepcionalista de la experiencia cubana que redundará en una autopercepción diferenciada de los cubanos dentro de América Latina. El nacionalismo revolucionario acentuó, por otras vías, el sentido de distinción heredado de la cultura política republicana, que representaba a los cubanos como diferentes y hasta superiores a sus hermanos caribeños y latinoamericanos. Los elementos racistas de aquel nacionalismo republicano fueron reformulados por el nuevo nacionalismo revolucionario y comunista a partir de la asignación a la Isla de un rol de liderazgo continental.

Uno de los ejes que atraviesa la pluralidad ideológica y política que distingue a la CELAC es la diversa manera de conducción de los nexos con Estados Unidos y Europa que proponen sus miembros. A pesar de que la identidad del foro está determinada, en buena medida, por la ausencia de voces europeas y norteamericanas en el mismo, hay gobiernos como el brasileño, el mexicano, el chileno, el colombiano, el peruano, el panameño, más casi la totalidad de los centroamericanos y caribeños, que no entienden que la CELAC esté llamada a suplir o “enterrar” —el verbo que han usado Chávez, Correa y Morales— las cumbres iberoamericanas, las de la Unión Europea y América Latina, la OEA u otras instituciones interamericanas. La gran mayoría de los 33 miembros de la CELAC, como pudo constatar en Santiago de Chile, en enero de este año, o en Guatemala, en junio, durante la última Asamblea General de la OEA, favorece una preservación de foros bilaterales o multilaterales con Estados Unidos y Europa.

El gobierno cubano ha reiterado su rechazo a la propuesta de varios miembros de la OEA, respaldada por el Secretario General José Miguel Insulza, de facilitar el regreso de la Isla a ese organismo. La CELAC podría ser útil para retomar la idea de un modo más orgánico, además de abrir nuevos canales de interlocución respetuosa con el gobierno de Estados Unidos, que allanen el camino de la flexibilización o la eventual derogación del embargo comercial. Los gobiernos latinoamericanos, todos favorables al fin del embargo y todos —incluido el venezolano— con mejores relaciones con Estados Unidos que Cuba, pueden generar dinámicas triangu-

BÚSQUEDA

lares o mediadoras que, poco a poco, descontinúen los recurrentes escenarios de polarización discursiva entre Washington y La Habana, tan contraproducentes para los objetivos de uno u otra.

La CELAC ofrece, además, una plataforma inmejorable para la articulación de los diversos circuitos de intercambio global en los que se está insertando aceleradamente la región. Los BRICS impulsados por Brasil, la colaboración Sur-Sur, las conexiones energéticas de Petrocaribe en Eurasia y Medio Oriente, la Alianza del Pacífico o la búsqueda de mercados e inversiones para la potencia económica china serían algunos de los proyectos globales que podrían dialogar en dicho foro. Para una economía como la cubana, urgida de una agresiva diversificación internacional de su red financiera y comercial, la CELAC representa una oportunidad que no debería ser desaprovechada. Los gobiernos no irán a las cumbres de ese organismo a hacer negocios, pero sus cancillerías podrán detectar dónde se abren flancos de interés para el incremento de la colaboración comercial, científica, técnica o cultural.

Por su heterogeneidad interna, la CELAC está llamada a ser una institución fundamentalmente política, abocada a una constante deliberación de sus diferencias. Es difícil imaginar cómo el gobierno cubano podría aprovechar ampliamente las posibilidades de colaboración que ofrecerá dicho foro si no hace acompañar su integración regional de una reforma política integral, que asemeje más al Estado cubano a sus vecinos, incluidos sus aliados del ALBA. Además de una ideología de Estado, el socialismo cubano posee dispositivos institucionales, como el partido único, el control gubernamental de los medios de comunicación o la penalización de la disidencia, que son ajenos al resto de las naciones latinoamericanas.

Entre la integración de Cuba a América Latina y el avance de la democratización insular podría establecerse, si la dirigencia y el pueblo se lo proponen, una relación de complementariedad que favorecería tanto al Estado como a la ciudadanía. Al propiciar una flexibilización de los derechos civiles y políticos, el gobierno cubano respondería a una demanda creciente de la cada vez más heterogénea y autónoma sociedad civil y, a la vez, avanzaría en una homologación institucional del sistema cubano dentro de la comunidad latinoamericana, que potenciaría el intercambio multilateral, la colaboración para el desarrollo, el crecimiento económico y la capacidad de gasto público del Estado.

Conclusión

La excepcionalidad del sistema político cubano dentro de la región, limita las posibilidades de las relaciones internacionales de la Isla. Una sociedad latinoamericana del siglo XXI, regida por una institucionalidad democrática y un Estado de derecho, donde sean notables la división de poderes, la existencia de una

oposición legítima y el respeto a los derechos civiles y políticos de la ciudadanía, posee mayores oportunidades de establecer vínculos bilaterales y multilaterales, en el contexto de la CELAC, que otra controlada por un partido único, la represión y estigmatización de opositores pacíficos o el monopolio gubernamental sobre los medios de comunicación.

En la era global del siglo XXI, las relaciones internacionales latinoamericanas comienzan a ser conducidas desde un conjunto de premisas híbridas, a medio camino entre el neorrealismo y la transnacionalidad, que permiten a los gobiernos latinoamericanos sacar ventajas de la articulación de alianzas regionales. Un mercado joven, de cerca de 600 millones de habitantes, con economías que crecen a un ritmo de más del 3 por ciento anual y democracias que se consolidan, posee enormes potencialidades. Los estudiosos argentinos Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian han recomendado a los gobiernos latinoamericanos no prescindir de ningún área del mundo, incluyendo las desarrolladas de América del Norte, Europa y el Pacífico, en esa relocalización de la comunidad latinoamericana en el mercado global de bienes, capitales, servicios, personas, noticias e ideas.

Russell y Tokatlian sugieren que los gobiernos latinoamericanos, reunidos en foros como UNASUR o la CELAC, apliquen una triple estrategia de "multilateralismo vinculante, contención acotada y colaboración selectiva" con Estados Unidos, Europa o China, que les reporten ventajas comparativas. Cuba no tiene que permanecer al margen de esa modernización de las relaciones internacionales que se está produciendo, en América Latina, a principios del siglo XXI. La cada vez más compleja sociedad cubana demanda esa modernización, en virtud de sus propias necesidades de inserción en el escenario global y sus propias aspiraciones de democracia y desarrollo.